EL BELLO JORGITO

ROALD DAHL



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Sin querer darme autobombo en absoluto, creo que se me puede considerar en casi todos los aspectos un individuo bastante completo y maduro. He viajado mucho y leído lo suficiente. Hablo griego y latín. Me defiendo en ciencias. Puedo tolerar que los demás defiendan una política moderadamente liberal. He recopilado un volumen de notas sobre la evolución del madrigal en el siglo XV. He sido testigo de la muerte de gran número de personas en sus camas; además, he influido, o al menos así lo espero, en la vida de bastantes otras, gracias a los sermones que he dado desde el púlpito.

Pero, a pesar de todo, he de confesar que jamás en mi vida —bueno, ¿cómo diría yo?— he tenido mucho trato con las mujeres.

Para ser absolutamente sincero, he de reconocer que hasta hace unas tres semanas ni siquiera le había puesto la mano encima a ninguna de ellas, salvo, quizá, para ayudarlas a atravesar un seto cuando la ocasión lo requería. Incluso en tales casos, siempre intentaba tocar sólo el hombro, o la cintura, o cualquier otro sitio en el que la piel estuviera tapada, pues lo que nunca he podido soportar es el contacto directo de una piel femenina. El que la piel tocara otra, es decir, el que mi piel tocara la de una mujer, ya fuera una pierna, un cuello, un rostro, una mano o simplemente un dedo, me resultaba tan repugnante que, invariablemente, al saludar a una dama, mantenía las manos fuertemente unidas a la espalda para evitar el ineludible apretón.

Puedo incluso decir que cualquier contacto físico con ellas, aun cuando la piel no esté desnuda, me altera extraordinariamente. Si una mujer se para a mi lado en una cola, de modo que nuestros cuerpos se rocen, o si se desliza a mi lado en el asiento del autobús, cadera con cadera, muslo con muslo, mis mejillas empiezan a arder y la coronilla se me llena de gotitas de sudor.

Este comportamiento es muy lógico en un colegial que acaba de llegar a la pubertad. En su caso, es un truco de la madre naturaleza para echar el freno y mantener quieto al chico hasta que llegue a la edad de portarse como un caballero. A mí me parece muy bien.

Pero, diablos, no existía motivo alguno para que, a la considerable edad de treinta y un años, yo siguiera sufriendo tal turbación. Me habían educado para resistir las tentaciones y, evidentemente, no era dado a pasiones bajas y vulgares.

Si al menos hubiese estado avergonzado de mi apariencia, el asunto podría tener explicación; pero no era así. Muy al contrario, y no es porque yo lo diga, los hados me habían sido bastante favorables en este sentido. Medía exactamente 1,65 metros descalzo, y mis hombros, aunque ligeramente caídos, guardaban un equilibrio armonioso con mi figura, pequeña y bien proporcionada. (Personalmente, siempre he pensado que los hombros ligeramente caídos proporcionan a un hombre no demasiado alto un aspecto lánguido y vagamente estético, ¿no les parece?) Mis rasgos eran regulares, conservaba los dientes en excelentes condiciones (sólo los de la mandíbula superior sobresalían un poco), y mi cabello, de un rojo brillante nada corriente, era espeso y abundante. Dios es testigo de que he visto a muchos hombres que, comparados conmigo, parecían chimpancés y, sin embargo, trataban al bello sexo con un aplomo sorprendente. ¡Ah, cómo los envidiaba! Cómo deseaba hacer lo mismo, ser capaz de intervenir en aquellos rituales de contacto, tan agradables, que se desarrollaban continuamente ante mis ojos entre hombres y mujeres: el roce de las manos, pellizcar una mejilla, el agarrarse del brazo, la presión de una rodilla contra otra por debajo de la mesa y, sobre todo, el abrazo violento cuando una pareja se une para bailar.

Pero esas cosas no eran para mí. Desgraciadamente, tenía que pasarme la vida evitándolas. Y esto, amigos míos, era más fácil de decir que de hacer, incluso para un humilde cura de una pequeña zona rural, alejada de las tentaciones de la capital.

Mi rebaño estaba formado por una cantidad desmesurada de señoras. En la parroquia había muchísimas, y lo malo es que al menos el sesenta por ciento eran solteronas a las que la benéfica influencia del matrimonio no había tenido oportunidad de domar.

Os aseguro que yo era tan esquivo como una ardilla.

Hubiera sido lógico pensar que, gracias a la cuidadosa educación que mi madre me había dado de niño, tendría que haber estado a la altura de las circunstancias; y no cabe duda

de que así habría sido si ella hubiera vivido lo suficiente como para completar mi educación. Pero, por desgracia, se mató siendo yo aún muy joven.

Mi madre era una mujer maravillosa. Llevaba enormes pulseras, cinco o seis a la vez, con muchos colgantes que tintineaban a cada movimiento que hacía. Estuviera donde estuviera, siempre se podía dar con ella por el ruido de aquellas pulseras. Eran más efectivas que un cencerro. Por la noche, enfundada en sus pantalones negros, se acomodaba en el sofá, con las piernas encogidas bajo el cuerpo, y fumaba un cigarrillo tras otro en una larga boquilla negra. Yo me acurrucaba en el suelo, mirándola.

—¿Quieres probar mi Martini, Jorge? —me preguntaba.

—Ya está bien, Clara. Si no tienes cuidado, vas a impedir el desarrollo del chico —decía mi padre.

—Vamos —decía ella—, no tengas miedo. Bebe.

Siempre hacía todo lo que mi madre me decía.

—Ya basta —intervenía mi padre—. Es suficiente con saber a qué sabe.

—Por favor, Boris, no te metas en esto. Es muy importante.

Mi madre defendía la teoría de que a los niños no debe ocultárseles absolutamente nada. Hay que mostrarles todo, hacérselo experimentar.

—No voy a permitir que un hijo mío ande por ahí cotilleando porquerías con otros niños, ni que tenga que adivinar estas cosas, sencillamente porque nadie se las explica.

Había que contar todo, enseñarles a escuchar.

—Ven aquí, Jorge. Voy a contarte lo que hay que saber sobre Dios.

Nunca me leía cuentos antes de acostarme; me «contaba» cosas. Y cada noche era sobre algo distinto.

—Ven aquí, Jorge. Hoy voy a hablarte de Mahoma. En esas ocasiones se sentaba en el sofá, enfundada en sus pantalones negros, con las piernas cruzadas debajo del cuerpo, y me hacía señas de una forma extraña, lánguida, con la mano en la que sostenía la larga boquilla negra, mientras las pulseras tintineaban en su brazo.

—Si vas a tener alguna religión, supongo que la mahometana es tan buena como cualquier otra. Su base consiste en mantenerse sano. Tienes montones de mujeres y no puedes fumar ni beber jamás.

—¿Por qué no se puede ni fumar ni beber, mamá?

—Porque si tienes muchas mujeres, tienes que mantenerte sano y viril.

—¿Qué es viril?

—Mañana te lo explico, cariño. Es mejor hablar de cada tema en su momento. Otra cosa que ocurre con los mahometanos es que nunca jamás están estreñidos.

—Vamos, Clara —decía mi padre, levantando los ojos del libro—, no te vayas por las ramas.

—Querido Boris, tú no sabes nada de esto. Si intentaras inclinarte hacia adelante hasta tocar el suelo con la frente mañana, tarde y noche todos los días, seguramente tendrías menos problemas en ese sentido.

Me encantaba escucharla, aunque sólo entendía la mitad de lo que decía. Me contaba auténticos secretos, y para mí no había nada más apasionante.

—Ven aquí, Jorge, que te voy a contar exactamente cómo gana dinero tu padre.

—Vamos, Clara, ya está bien.

—No digas tonterías, querido. ¿Por qué mantenerlo en secreto con el niño? Se imaginará algo muchísimo peor.

Tenía exactamente diez años cuando empezó a darme lecciones detalladas sobre el tema del sexo. Era el secreto mayor de todos y, por tanto, el que más me fascinaba.

—Ven aquí, Jorge. Hoy voy a contarte desde el principio cómo llegaste a este mundo.

Vi a mi padre levantar la vista en silencio y abrir mucho la boca, como solía hacer cuando iba a decir algo de importancia vital, pero mi madre ya le había clavado aquellos ojos suyos tan brillantes y resplandecientes, y volvió a concentrarse lentamente en su libro sin decir palabra.

—Tu pobre padre está avergonzado —dijo, y me dedicó una sonrisa especial, aquella que no dedicaba a nadie más que a mí: la de medio lado, alzando lentamente una comisura hasta que se le formaba una encantadora arruga que le llegaba hasta el ojo, un gesto que era guiño y sonrisa a la vez.

—La vergüenza, cariño, es precisamente lo que no quiero que sientas jamás. Y no pienses que tu padre está avergonzado sólo por ti.

Mi padre empezó a removerse en su asiento.

—¡Dios santo! Estas cosas le avergüenzan incluso estando a solas conmigo, que soy su mujer.

—¿A qué cosas te refieres? —pregunté.

En ese momento, mi padre se levantó y abandonó la habitación en silencio.

Creo que mi madre se mató como una semana después de esta conversación. Quizá fuera un poco más tarde, unos diez o quince días; no podría asegurarlo. Lo único que sé es que, cuando ocurrió, estábamos a punto de llegar al final de esa serie de «charlas». Como me vi envuelto en la corta cadena de acontecimientos que desembocaron en su muerte, aún recuerdo todos y cada uno de los detalles de aquella extraña noche tan claramente como si hubiesen ocurrido ayer. Puedo proyectarlos en mi memoria cuando quiero y hacer que se desarrollen ante mis ojos igual que si se tratase de una película; y nunca cambian. Siempre acaban exactamente en el mismo lugar, ni más ni menos, y siempre empiezan de la misma forma extraña, de repente: una pantalla en negro y, en algún lugar, por encima de mí la voz de mi madre que me llama:

—¡Jorge! ¡Despierta, Jorge, despierta!

Y de pronto me deslumbra una brillante luz eléctrica y, desde el mismísimo centro de esa luz, pero a lo lejos, la voz sigue llamándome:

—¡Jorge, despierta, levántate y ponte la bata! ¡Corre, baja! Quiero que veas una cosa. ¡Venga, niño, vamos! ¡Date prisa! Y ponte las zapatillas, que vamos a salir.

—¿Afuera?

—No discutas conmigo, Jorge, y haz lo que te digo.

Estoy tan adormilado que casi no veo al andar, pero mi madre me agarra de la mano con firmeza y me lleva escaleras abajo hasta que cruzamos la puerta de entrada y nos encontramos fuera, en plena noche. Al sentir el aire frío parece como si me pasaran una esponja mojada por la cara, y abro los ojos del todo; veo entonces el césped, brillante por la escarcha y el cedro con sus enormes brazos negros que se perfilan contra una luna pequeña y fina. En lo alto gira una enorme masa de estrellas, perdiéndose en el firmamento.

Mi madre y yo atravesamos apresuradamente el césped, sus pulseras tintinean como locas y yo tengo que correr para mantenerme a su altura. A cada paso que doy siento el suave crujido de la hierba cubierta de escarcha bajo mis pies.

—Josefina está dando a luz —dice mi madre—. Es la ocasión ideal. Podrás observar todo el proceso.

Cuando llegamos al garaje hay una luz encendida y entramos. Ni mi padre ni el coche están allí; parece un lugar enorme y vacío, y a través de las suelas de mis zapatillas de andar por casa siento que el suelo de cemento está helado. En una esquina de la habitación Josefina está tumbada en un montón de paja, dentro de su jaula de alambre; es una gran coneja azulada, de pequeños ojos rosas, que nos observa recelosa al acercarnos. El marido, que se llama Napoleón, se encuentra en otra jaula en la esquina opuesta, y me fijo en que se alza sobre sus patas traseras y araña el alambrado, impaciente.

—¡Mira! ¡Está saliendo el primero! ¡Ya casi está fuera!—exclama mi madre.

Sigilosamente, nos acercamos los dos a Josefina, y yo me siento en cuclillas al lado de la jaula, con la cara pegada a los alambres. Estoy fascinado. Veo un conejo que sale de otro. Es algo mágico, extraordinario, y además, muy rápido.

—¡Mira cómo sale, envuelto en su bolsita de celofán! —dice mi madre.

—¡Y mira cómo lo cuida! La pobrecita no tiene una toalla y, aunque la tuviera, no podría agarrarla con sus patas. Por eso lo limpia con la lengua.

La coneja vuelve ansiosamente sus ojillos rosa hacia nosotros y observo que cambia de posición en la paja para colocar su cuerpo entre nosotros y el conejillo.

—Ve al otro lado —dice mi madre—. La muy tonta se ha movido. Creo que quiere esconder a su hijo.

Vamos al otro lado de la jaula. La coneja nos sigue con la mirada; unos dos metros más allá, el macho no para de saltar como loco, arañando el alambre.

—¿Por qué está Napoleón tan nervioso? —pregunto.

—No lo sé, cielo. No te preocupes por él. Fíjate en Josefina. Espero que pronto tenga otro. ¡Mira con qué cuidad limpia a la criatura! ¡Lo trata igual que una madre humana sus hijos! ¿No te parece curioso que una vez yo hiciera exactamente lo mismo contigo?

La gran coneja azul sigue observándonos y empuja al conejito con el hocico; lentamente, gira sobre sí misma para ponerse del otro lado y continúa lamiéndolo y limpiándolo.

—¿No es maravilloso que una madre sepa instintivamente lo que tiene que hacer? —dice mi madre—. Imagínate que tú eres el bebé y que yo soy Josefina; espera un momento vuelve aquí para que puedas ver mejor.

Volvimos a rodear la jaula para no perder de vista al conejito.

—¡Fíjate cómo lo acaricia y lo besa por todos lados! ¡Mira ¡Ahora lo está besando de verdad, ¿lo ves? ¡Exactamente como yo a ti!

Me acerco para ver mejor. Me parece un modo de besar muy raro.

—¡Mira! —grito-—. ¡Se lo está comiendo!

Y es cierto; la cabeza del conejito desaparece rápidamente en la boca de su madre.

—¡Mamá! ¡Deprisa!

Pero casi antes de que mi grito se desvanezca en el aire, aquel cuerpecito rosa se ha esfumado en la garganta de la madre.

Me vuelvo bruscamente y lo primero que veo es la cara de mi madre a menos de diez centímetros por encima de la mía; no cabe duda de que quiere decir algo, o quizás esté demasiado asombrada para decir nada, pero yo lo único que veo es la boca, la enorme boca roja que se abre más y más, hasta convertirse en un inmenso agujero vacío, sólo con un punto negro en el centro. Me pongo a gritar, y en esta ocasión no puedo parar. De pronto siento sus manos, y el roce de su piel, aquellos dedos, largos y fríos aferrándose a mis puños; doy un salto hacia atrás, me libero de una sacudida y, a ciegas, me hundo en la noche. Corro por el sendero y atravieso la verja, chillando como un loco y, más fuerte que mi propia voz, oigo en la oscuridad, detrás de mí, el tintineo de las pulseras que va creciendo a medida que ella me gana terreno, y yo sigo corriendo colina abajo hasta el final del sendero. Cruzo el puente y alcanzo la carretera general por la que pasan los coches a cien por hora, deslumbrándome con sus faros.

Luego, en algún lugar a mis espaldas, oigo un chirrido de neumáticos que patinan en la carretera, y después se hace el silencio. De repente me doy cuenta de que las pulseras ya no tintinean.

¡Pobre mamá!

Si hubiera vivido aunque sólo fuera un poco mas...

La verdad es que me dio buen susto con aquellos conejos, pero no fue culpa suya; y, de todos modos, entre ella y yo siempre ocurrían cosas así. Había llegado a considerarlas un proceso de endurecimiento que me resultaba más beneficioso que dañino, pero si hubiera vivido lo suficiente como para completar mi educación, estoy seguro de que nunca habría tenido los problemas a los que me refería hace unos momentos.

Quiero continuar ahora con el tema. No pretendía hablar de mi madre. No tiene nada que ver con lo que contaba al principio, y no volveré a mencionarla.

Estaba contando lo de las solteronas de mi parroquia. La palabra solterona es muy fea, ¿verdad? Evoca la idea de una vieja gallina fibrosa de cara avinagrada o la de un enorme monstruo de obscenidad gritando por la casa en pantalones de montar. Pero éstas no eran así. Se trataba de un grupo de mujeres limpias, saludables y bien hechas, la mayoría de buena

familia y sorprendentemente ricas, y estoy seguro de que a cualquier hombre soltero le hubiera encantado que anduvieran detrás de él.

Al principio de llegar a la parroquia, no lo pasé demasiado mal. Naturalmente, gozaba de cierta protección que me proporcionaban mis ropas y mi posición. Además, adoptaba una calculada actitud digna y reservada para desalentar cualquier tipo de familiaridad. Gracias a ello, durante algunos meses pude moverme con tranquilidad entre mis parroquianas, sin que ninguna se tomara la libertad de agarrarme del brazo en una rifa benéfica, ni de rozar mis dedos con los suyos al pasarme las vinagreras en una cena. Estaba muy contento. Hacía años que no me encontraba tan bien. Incluso empezó a desaparecer aquel pequeño tic nervioso que consistía en darme golpecitos con el índice en el lóbulo de la oreja al hablar.

Esta es la que yo llamo mi primera época, que duró unos seis meses. Después, empezaron los problemas.

Tendría que haber sabido que era imposible que un hombre sano como yo pudiera evitar indefinidamente determinados líos por el sencillo expediente de mantenerse a una distancia prudencial de las señoras. Eso, sencillamente, no funciona; más bien produce el efecto contrario.

Notaba que me miraban con disimulo desde el otro extremo de la habitación en un concurso de pinacle; cuchicheaban entre ellas, asentían, se pasaban la lengua por los labios, daban chupadas a sus cigarrillos, tramando el mejor modo de abordarme, siempre entre cuchicheos. A veces, acertaba a oír retazos de sus conversaciones: «Qué tímido es...; está un poquito nervioso, ¿verdad?...; está demasiado tenso... Necesita compañía..., quiere relajarse..., tenemos que enseñarle.» Y poco a poco, a medida que fueron pasando las semanas, empezaron a acecharme. Sabía que lo estaban haciendo, lo sentía, aunque al principio no hacían nada que las delatara.

Ésa fue la segunda época. Duró casi un año y resultó terriblemente agotadora. Pero, en comparación con la tercera y última fase, era el paraíso.

Porque entonces, en lugar de acecharme esporádicamente y desde lejos, el enemigo pasó a la carga bruscamente, atacándome en terreno descubierto con la bayoneta calada. Fue algo terrible, aterrador. No existe nada que asuste tanto a un hombre como un ataque rápido e inesperado. Y, sin embargo, yo no soy un cobarde. Puedo habérmelas con cualquier individuo de mi talla en cualquier circunstancia. Ahora estoy convencido de que aquella furiosa embestida fue obra de un gran número de personas que operaban como una unidad hábilmente coordinada.

La primera en pasar a la ofensiva fue la señorita Elphinstone, una voluminosa mujer llena de lunares. Había pasado una tarde por su casa para pedirle un donativo destinado a un nuevo juego de fuelles para el órgano; después de una agradable conversación en la biblioteca me entregó amablemente un cheque de dos guineas. Le dije que no se molestase en acompañarme hasta la puerta, y salí al vestíbulo para coger mi sombrero. Estaba a punto de hacerlo cuando, de repente (debía haberme seguido de puntillas), cuando de repente, repito, sentí un brazo desnudo deslizarse bajo mío, y un segundo más tarde sus dedos estaban entrelazados con los míos; me apretaba la mano con fuerza y me la soltaba, me la volvía a apretar y me la volvía a soltar, como si fuese la pera de un pulverizador.

—¿Es usted siempre tan, tan superreverendo como pretende? —murmuró.

¡En fin!

Lo único que puedo decir es que cuando su brazo se deslizó bajo el mío experimenté exactamente la misma sensación que si una cobra se me estuviese enrollando en la muñeca. Me aparté de un salto, abrí bruscamente la puerta y huí por el sendero sin mirar hacia atrás.

Al día siguiente organizamos una venta benéfica en el ayuntamiento del pueblo (también para sacar dinero para los fuelles nuevos), y cuando estaba a punto de terminar, yo me encontraba en una esquina, bebiendo tranquilamente una taza de té y observando a la gente del pueblo que se arremolinaba en torno a los puestos. De pronto oí detrás de mí una voz que me decía:

—Amigo mío, se le ve a usted en los ojos que tiene mucha hambre.

Inmediatamente, un cuerpo largo y curvilíneo se apoyó contra el mío mientras una mano de uñas rojas intentaba meterme en la boca un enorme trozo de bizcocho de coco.

—¡Señorita Prattley! —exclamé—. ¡Por favor!

Pero me había acorralado contra la pared y, con una taza de té en una mano y un plato en la otra, no podía defenderme. Noté que empezaba a sudar por todos los poros, y si la boca no se me hubiese llenado rápidamente con el pastel que aquella mujer me embutía, creo sinceramente que me hubiera puesto a dar gritos.

Fue un incidente muy desagradable, pero aún quedaban cosas peores.

Al día siguiente le tocó el turno a la señorita Unwin. Bien, da la casualidad de que la señorita Unwin era muy amiga de la señorita Elphinstone y de la señorita Prattley, circunstancia que debería haberme bastado para tomar precauciones. Pero ¿quién iba a pensar que precisamente ella, la señorita Unwin, la amable y silenciosa ratita que hacía sólo unas semanas me había regalado un cojín exquisitamente bordado a mano, quién iba a pensar, repito, que se atrevería a tomarse libertades con nadie? Por eso, cuando me pidió que la acompañara a la cripta para enseñarle los murales sajones, ni por un momento se me ocurrió que estuviera tramando alguna maldad. Pero lo estaba.

No voy a describir aquel encuentro; fue demasiado doloroso. Y los que siguieron no fueron menos violentos. A partir de entonces empezaron a producirse a diario nuevos incidentes escandalosos, y yo tenía los nervios destrozados. A veces ni me daba cuenta de lo que hacía. Empecé por leer el sermón de difuntos en la boda de la joven Gladys Pitcher. Durante la ceremonia del bautismo, dejé caer en la pila al hijo de la señora Harris y le di un peligroso chapuzón. Me volvió a aparecer en el cuello una molesta erupción que no tenía desde hacía más de dos años, y comenzó de nuevo lo del lóbulo de la oreja, peor que nunca. Incluso empezó a caérseme el pelo. Cuanto más rápidamente me retiraba, más rápidamente venían a por mí. Las mujeres son así. Nada las estimula tanto como que un hombre dé pruebas de pudor o de timidez. Redoblan sus ataques si llegan a detectar —y en este punto he de confesar algo que me cuesta mucho trabajo— si llegan a detectar, repito, como ocurrió en mi caso, un leve destello de secreto deseo en el fondo de la mirada.

En realidad, me encantaban las mujeres.

Sí, ya lo sé; después de todo lo que he dicho, es difícil creerlo; pero era la pura verdad. Hay que entender que únicamente me preocupaban cuando me tocaban con los dedos o apoyaban su cuerpo contra el mío. Con tal de que se mantuvieran a una distancia prudencial, podía contemplarlas horas y horas con la misma extraña fascinación que usted puede sentir al observar un ser al que no soportaría tocar, un pulpo o una larga serpiente venenosa, por ejemplo. Me encantaba la blancura y suavidad de un brazo desnudo asomando por una manga, extrañamente parecido en su desnudez a un plátano pelado. Podía excitarme muchísimo simplemente al ver andar por la habitación a una muchacha con un vestido ceñido; disfrutaba sobre todo con la visión de la parte posterior de unas piernas cuando su propietaria calzaba zapatos de tacón muy alto: la sensación de solidez de las curvas y de las piernas mismas, muy tensas, como si estuvieran hechas de una goma resistente, tan estirada que parecía a punto de romperse sin llegar a hacerlo nunca. A veces, en el salón de lady Birdwell, sentado cerca de la ventana en una tarde de verano, miraba furtivamente por encima del borde de la taza hacia la piscina y me excitaba sobremanera al ver un trocito de estómago bronceado que sobresalía entre la parte superior y la inferior del bañador de dos piezas.

Tener ideas de ese tipo no es nada malo. Todos los hombres las albergan de vez en cuando. Pero a mí me producían un terrible sentimiento de culpa. ¿Seré yo sin querer —empecé a preguntarme— el responsable del vergonzoso comportamiento de estas señoras? ¿Será el brillo de mis ojos (que no puedo controlar) lo que constantemente enciende y alienta sus pasiones? ¿Será que cada vez que las miro les hago lo que a veces se llama «un gesto provocativo», sin darme cuenta? ¿Seré yo el culpable?

¿O es que esa conducta tan brutal es inherente a la naturaleza de las mujeres?

Tenía una idea bastante clara de la respuesta que había que dar a esta pregunta, pero eso no era suficiente. Da la casualidad de que mi conciencia no se puede acallar con simples conjeturas; necesita pruebas. Tenía que descubrir quién era el verdadero culpable: ellas o yo, y con tal objeto decidí llevar a cabo un experimento inventado por mí, utilizando los ratones de Snelling.

Hacía un año aproximadamente que había tenido ciertos problemas con Billy Snelling, un niño pesadísimo del coro. Durante tres domingos consecutivos, el muchacho había llevado a la iglesia una pareja de ratones blancos y los había soltado por el suelo en el transcurso del sermón. Por fin confisqué los animales, los metí en una caja y los coloqué en el cobertizo que hay en el fondo del jardín de la vicaría. Por razones meramente humanitarias empecé a alimentarlos, lo que bastó para que aquellos bichitos comenzasen a multiplicarse muy rápidamente. Los dos primeros se convirtieron en cinco, y esos cinco en doce.

Fue entonces cuando decidí emplearlos en mis investigaciones. Había el mismo número de machos que de hembras, seis de cada, así que las condiciones eran ideales.

Los separé primero según su sexo y los coloqué en distintas cajas, y allí los dejé tres semanas. Ahora bien, los ratones son animales muy lascivos y cualquier zoólogo puede certificar que, para ellos, tres semanas suponen una separación extraordinariamente larga. A ojo, diría que para un ratón una semana de celibato forzoso equivale más o menos a un año del mismo tratamiento para alguien como la señorita Elphinstone o la señorita Prattley; es fácil comprender que, en lo relativo a la reproducción de las condiciones reales, estaba haciendo un trabajo bastante bueno.

Al cabo de esas tres semanas cogí una caja grande dividida en el centro por una pequeña reja, y coloqué a las hembras a un lado y a los machos al otro. La reja tan sólo consistía en tres hileras de cables pelados, colocadas a unos tres centímetros las unas de las otras; pero una potente corriente eléctrica circulaba por los cables.

Para añadir un toque de realismo al proceso puse nombre a cada una de las hembras. La más grande, que tenía también los bigotes más largos, era la señorita Elphinstone, la que tenía una cola corta y gruesa era la señorita Prattley; la más pequeña era la señorita Unwin, etc. Los machos, los seis machos, eran YO.

Cogí una silla y me senté a ver qué pasaba.

Los ratones son recelosos por naturaleza y, al principio, cuando metí a los dos sexos en la caja, separados únicamente por el alambre, en ninguno de los dos lados se produjo movimiento alguno. Los machos miraban fijamente a las hembras a través de la reja, y las hembras los observaban desde el fondo de la caja, esperando a que se acercaran. En los dos lados se apreciaba la tensión del deseo: los bigotes temblaban, los hocicos se movían nerviosamente y, de vez en cuando, una larga cola chasqueaba contra la pared de la caja.

Al cabo de un rato el primer macho se destacó del grupo y avanzó cauteloso hacia la reja, con el cuerpo pegado al suelo. Tocó un cable y se electrocutó inmediatamente. Los once ratones restantes se quedaron de piedra, inmóviles.

Después, durante nueve minutos y medio, no hubo el menor movimiento en ninguno de los dos lados; pero observé que, mientras que todos los machos miraban el cadáver de su compañero, las hembras sólo tenían ojos para los machos.

La señorita Prattley, la de la cola corta, no pudo aguantar más; de repente dio un salto hacia adelante, chocó con el cable y cayó muerta.

Los machos se pegaron aún más al suelo y contemplaron pensativos los dos cadáveres que se encontraban junto a la reja. Las hembras parecían también muy impresionadas y hubo otro momento de espera durante el que no se movió ningún animal.

Ahora era la señorita Unwin quien empezaba a mostrar signos de impaciencia. Lanzó un sonoro bufido, agitó violentamente su hocico rosa y móvil de un lado a otro y de repente se puso a dar saltos, sacudiendo todo el cuerpo como si estuviese haciendo gimnasia. Miró a las compañeras que quedaban, levantó la cola como diciendo <¡allá voy chicas!> se dirigió rápidamente hacia la reja, metió la cabeza y murió.

Dieciséis minutos más tarde la señorita Foster hizo su primer movimiento. La señorita Foster era una mujer del pueblo que criaba gatos, y hacía poco tiempo había tenido 1a desfachatez de colocar en el balcón de su casa, en la calle Mayor, un enorme letrero que decía: GATERÍA FOTER (***Juego de palabras en el original, ya que Caltury significa tienda donde se venden gatos, pero también, en sentido figurado, grupo de pécoras o mujeres de mala vida(N.de T.)***. Al haber estado tanto tiempo en contacto con aquellos seres parecía haber adquirido sus características más desagradables, y cada vez que se me acercaba en un habitación percibía el olor a gata (***De nuevo el mismo juego de palabras entre gata y pécora. (N. de la T.)***, leve pero acre, a pesar del humo de sus cigarrillos rusos. Nunca me había parecido que tuviera gran control sobre sus instintos más bajos; por eso vi con cierta satisfacción cómo se quitaba la vida de una forma estúpida en un último y desesperado intento de acercarse al sexo masculino.

La siguiente fue la señorita Montgomery-Smith, una mujer pequeña y decidida que una vez había intentado convencerme de que había sido prometida de un obispo. Murió al tratar de pasar bajo el cable inferior, arrastrándose sobre la barriga. He de decir que me pareció una imagen muy explícita de su forma de vida.

Los cinco machos seguían inmóviles, a la espera.

La quinta hembra que murió fue la señorita Plumley. Era una persona astuta que no cesaba de introducir a hurtadilla en la bolsa de la colecta mensajitos dirigidos a mí. El domingo anterior, sin ir más lejos, yo estaba en la sacristía contando el dinero después del servicio de la mañana y me encontré uno escondido en un billete de diez chelines doblado *«Parecía estar usted un poco ronco esta mañana durante el sermón»* decía. *«Permítame que le lleve una botella de mi jarabe de cerezas para suavizar su pobre garganta. Cariñosamente, Eunic Plumley.»*

La señorita Plumley se acercó muy despacio a la reja, olisqueó el cable central con la punta del hocico, se acercó un poco más y recibió una descarga de doscientos cuarenta voltios de corriente alterna en todo el cuerpo.

Los cinco machos seguían en el mismo sitio, observando la matanza.

En el lado de las hembras ya no quedaba más que la señorita Elphinstone.

Durante media hora ni ella ni ninguno de los demás hicieron un solo movimiento. Por fin, uno de los machos se sacudió ligeramente, dio un paso adelante, dudó, se lo pensó mejor, retrocedió lentamente y volvió a acurrucarse en el suelo.

Aquello debió frustrar sobremanera a la señorita Elphinstone, pues de repente, con los ojos llameantes, se lanzó hacia adelante e intentó cruzar la reja de un salto vertiginoso. Fue un salto espectacular que casi consigue su objetivo; pero una de las patas traseras rozó ligeramente el alambre de arriba, de modo que también ella pereció como el resto de las de su sexo.

Es imposible describir el bien que me hizo observar este experimento sencillo y, no es porque yo lo diga, bastante ingenioso. Se me desveló de golpe la increíble naturaleza de las hembras: seres lascivos que no se detienen ante nada. Mi propio sexo quedó justificado y mi conciencia se quitó un peso de encima. En un instante, todos aquellos pequeños aguijones de culpabilidad que me habían martirizado constantemente se desvanecieron en el aire. Consciente de mi inocencia, me sentí súbitamente muy fuerte y sereno.

Durante unos momentos jugué con la absurda idea de electrificar las barras negras de metal que rodean el jardín de la vicaría; aunque quizás bastase con la verja de entrada. Después me sentaría tranquilamente en una silla de la biblioteca a mirar por la ventana mientras las auténticas señoritas Elphinstone, Pratley y Unwin se acercaban una tras otra y sufrían un castigo mortal por acosar a un macho inocente.

¡Qué ideas tan tontas!

Lo que debo hacer, me dije, es tejer a mi alrededor una especie de reja eléctrica invisible, construida enteramente con mi propia fuerza moral. Tras ella podré sentirme completamente a salvo mientras el enemigo se lanza contra el alambre, una tras otra.

Empezaría por emplear unos modales bruscos. Hablaría secamente a todas las mujeres y evitaría sonreírles. No volvería a retroceder ni un paso cuando alguna se me acercara. Me

quedaría en mi sitio y la miraría y, si decía algo que yo considerase provocativo, le respondería de forma cortante.

Y con tal ánimo salí aquel mismo día para asistir a la fiesta que daba lady Birdwell con motivo de un partido de tenis.

Yo no sabía jugar, pero su Excelencia había tenido a bien invitarme a pasar por allí para reunirme con los demás cuando el partido hubiese terminado, a las seis. Supongo que pensaría que un clérigo daba cierta categoría a la reunión y, probablemente, quería convencerme para que repitiera la actuación de la última vez que estuve allí: me senté al piano durante una hora y cuarto después de la cena y deleité a los invitados con una detallada descripción de la evolución del madrigal a través de los siglos.

A las seis en punto llegué en bicicleta a la puerta de la verja y subí pedaleando el largo sendero que conduce a la casa. Era la primera semana de junio, y a ambos lados del sendero crecían macizos exuberantes de rododendros rosa y púrpura. Me sentía extraordinariamente alegre e intrépido. Tras el experimento del día anterior con los ratones era imposible que nadie me cogiese por sorpresa. Sabía exactamente lo que me esperaba e iba armado de acuerdo con las circunstancias. La pequeña reja se alzaba a mi alrededor.

—¡Ah, buenas tardes, señor vicario! —exclamó lady Birdwell, acercándose a mí con los brazos abiertos.

Me mantuve firme y la miré directamente a los ojos.

—¿Qué tal está Birdwell? —dije—. ¿Sigue en la ciudad?

Dudo que jamás en su vida hubiera oído a alguien, que ni siquiera le conocía, referirse a lord Birdwell en esos términos. Se quedó inmóvil, como con los pies clavados al suelo. Me miró de un modo raro y no supo qué contestar.

—Voy a ver si encuentro un sitio donde sentarme —dije, y pasé a su lado para dirigirme a la terraza, en donde había unos nueve o diez invitados cómodamente instalados en sillas de mimbre tomando copas.

La mayoría eran mujeres, las de siempre, todas vestidas con ropa de tenis blanca, y cuando me incorporé al grupo, mi sobrio traje negro me proporcionaba la distancia justa requerida por la ocasión.

Las señoras me recibieron con sonrisas. Les dirigí una inclinación de cabeza mientras me sentaba en una silla vacía, pero no las sonreí.

—Será mejor que termine de contárselo en otro momento —decía la señorita Elphinstone—. No creo que al señor vicario le pareciera bien.

Se rió como una tonta y me lanzó una mirada de reojo. Sabía que estaba esperando que yo soltara mi habitual risita nerviosa y dijera mi habitual frasecita sobre lo tolerante que yo era. Me limité a levantar ligeramente el labio superior hasta dibujar una leve mueca de desprecio (la había estado practicando por la mañana ante el espejo), y dije secamente en voz alta: *Mens sana in corpore sano.*

—¿Qué quiere decir eso? —exclamó.—. Repítalo, señor vicario.

—Una mente sana en un cuerpo sano —contesté—. Es un lema familiar.

Después se produjo un silencio bastante largo. Veía que las mujeres se miraban unas a otras frunciendo el ceño y moviendo la cabeza.

—El vicario está de mal humor —declaró la señora Foster—. Creo que necesita una copa.

—Gracias —dije—, pero no bebo nunca. Ya lo sabe usted.

—Déjeme entonces que le traiga un vaso de combinado de frutas bien fresquito.

Esta última frase la pronunció dulce e inesperadamente alguien que se encontraba justo detrás de mí, a la derecha, y en aquella voz había una nota de amabilidad tan auténtica que me di la vuelta.

Vi a una dama de singular belleza, con la que sólo me había encontrado una vez, hacía un mes. Era la señorita Roach, y recordé que me había sorprendido por ser una persona fuera de lo normal. Me había agradado sobre todo su carácter amable y reservado, y el hecho

de que me hubiera encontrado a gusto en su presencia implicaba, sin lugar a dudas, que no era una de esas personas que iba a intentar impresionarme.

—Estoy segura de que después de haber recorrido tanta distancia en bicicleta, debe usted estar cansado —decía.

Me giré en la silla y la miré con atención. Era verdaderamente una persona singular: demasiado musculosa para ser mujer, tenía hombros anchos, brazos poderosos y unas pantorrillas enormes. Aún estaba acalorada por los esfuerzos realizados por la tarde y en su cara había un saludable brillo rosado.

—Muchas gracias, señorita Roach —dije—, pero nunca pruebo el alcohol de ningún tipo. Quizás un vasito de refresco de limón...

—El combinado de fruta sólo lleva fruta, Padre ***(En castellano en el original, ya que es el término que se utiliza para designar a los capellanes militares. (N. da la T.)***

Me encantaba la gente que me llamaba Padre. La palabra tiene un regustillo militar que evoca visiones de severa disciplina y rango de oficial.

—¿El combinado de frutas? —dijo la señorita Elphinstone—. Es inofensivo.

—Querido amigo, no tiene más que vitamina C —añadió la señorita Foster.

—Es mucho más sano que una limonada con gas —intervino lady Birdwell—. El dióxido de carbono ataca al estómago.

—Le traeré un poco —dijo la señorita Roach, dedicándome una agradable sonrisa, una sonrisa clara y abierta en la que, desde una comisura de los labios a la otra, no había atisbos de astucia ni maldad.

Se levantó y se dirigió a la mesa de las bebidas. La vi cortar una naranja, una manzana, un pepino, y unas uvas y echar los trozos en un vaso. A continuación echó una gran cantidad de líquido de una botella cuya etiqueta no podía leer bien sin mis gafas, pero en la que me pareció distinguir la palabra JIM o TIM o PIM ***(La palabra debía ser GIN, ginebra. (N. de la T.)*** o algo parecido.

—Espero que quede bastante —dijo lady Birdwell—. A mis niños, que son muy golosos, les encanta.

—Queda muchísimo —contestó la señorita Roach mientras me traía la bebida y la dejaba encima de la mesa.

Aun antes de probarla comprendí por qué les encantaba a los niños. El líquido era de un rojo ámbar oscuro y había muchos trozos de fruta flotando entre los cubitos de hielo; encima de todo, la señorita Roach había colocado una ramita de menta. Supuse que la menta la habría puesto especialmente para mí, para que estuviera algo menos dulce y para que una combinación, que en otro caso hubiese resultado excesivamente juvenil, tuviera un toque adulto.

—¿Está demasiado empalagoso para usted, Padre?

—Es delicioso —dije, dando un sorbito—. Perfecto.

Era una pena bebérselo de un trago con el trabajo que le había costado hacerlo a la señorita Roach, pero resultaba tan refrescante que no pude evitarlo.

—¡Deje que le haga otro!

Me gustó que se quedara esperando a que yo dejara el vaso encima de la mesa, en lugar de intentar quitármelo de las manos.

—Si yo fuera usted no me comería la menta —dijo la señorita Elphinstone.

—¡Más vale que vaya a casa a buscar otra botella! —exclamó lady Birdwell—. La vas a necesitar, Mildred.

—Sí, por favor —replicó la señorita Roach—. Yo también bebo litros de esto —continuó, dirigiéndose a mí—, y no creo que se pueda decir que estoy precisamente demacrada.

—No, desde luego que no —contesté con entusiasmo.

Estaba observándola de nuevo, mientras me preparaba otra combinación, mirando los músculos cómo se le dibujaban bajo la piel del brazo con el que sujetaba la botella. También su cuello era de una belleza poco común visto desde atrás: no era delgado ni fibroso como el

de la mayoría de las bellezas, supuestamente modernas, sino fuerte y grueso, con una ligera arruga a cada lado que seguía el abultado camino marcado por los tendones. No resultaba fácil adivinar la edad de una persona así, pero no creía que tuviera más de cuarenta y ocho o cuarenta y nueve años.

Acababa de terminar mi segundo gran vaso de combinado de frutas cuando empecé a experimentar una sensación sumamente curiosa. Me parecía que flotaba fuera de mi asiento y que cientos de pequeñas oleadas de calor me empujaban por debajo, haciéndome subir más y más arriba. Me sentí ligero como una pompa de jabón y me daba la sensación de que todo a mi alrededor subía, bajaba y giraba suavemente de un lado a otro. Todo era muy agradable y me invadió un deseo casi irresistible de ponerme a cantar.

—¿Se encuentra usted bien?

La voz de la señorita Roach sonaba a kilómetros de distancia, y cuando me volví hacia ella, me sorprendió ver lo cerca que en realidad estaba. Ella también subía y bajaba.

—Maravillosamente —contesté—. Me encuentro estupendamente.

Su rostro era ancho y sonrosado y estaba tan cerca de mí que distinguía la alfombra de vello que cubría sus mejillas y cada pelo iluminado por la luz del sol, que lo hacía brillar cual si fuera de oro. Me di cuenta de pronto de que lo que deseaba era extender la mano para acariciar con mis dedos aquellas mejillas. A decir verdad, si ella hubiera intentado hacerme lo mismo a mí no habría opuesto la mínima resistencia.

—Escuche —dijo con gran dulzura—. ¿Qué le parece si usted y yo nos vamos a dar un paseo por el jardín para ver las flores?

—Estupendo —contesté—. Maravilloso. Lo que usted diga. En el jardín de lady Birdwell hay un pequeño cenador de estilo georgiano que bordea el campo de croquet; lo siguiente que recuerdo es que me encontraba sentado en su interior en una especie de *cbaise-longue* con la señorita Roach a mi lado. Tanto ella como yo seguíamos oscilando de arriba abajo, y también el cenador, pero me encontraba maravillosamente bien. Le pregunté a la señorita Roach si le gustaría que le cantase una canción.

—Ahora, no —respondió rodeándome con sus brazos y apretando su pecho contra el mío hasta hacerme daño.

—No haga eso —dije derritiéndome.

—Así está mejor —siguió diciendo—. Mucho mejor, ¿Verdad?

Si la señorita Roach o cualquier otra mujer hubiera intentado hacerme algo así una hora antes no sé lo que habría pasado. Creo que probablemente me habría desmayado. A lo mejor hasta me habría muerto. Pero allí estaba, el mismo de antes, disfrutando realmente con el contacto de aquellos enormes brazos desnudos contra mi cuerpo. Además, y eso resultaba lo más sorprendente, empezaba a sentir la necesidad de corresponder. Tomé el lóbulo de su oreja izquierda entre el índice y el pulgar y tiré de él juguetonamente.

—Eres un niño malo —dijo ella.

Tiré más fuerte a la vez que lo apretaba un poco. Ésto la excitó hasta tal punto que se puso a gruñir y a resoplar como un cerdo. Empezó a respirar más fuerte, con estertores.

—¡Bésame! —me ordenó.

—¿Cómo? —dije yo.

—¡Que me beses!

En aquel momento vi su boca. Vi, encima de mi, aquella enorme boca que se iba acercando lentamente y empezaba a abrirse; se acercaba cada vez más y se abría también cada vez más; de repente se me revolvió el estómago y me quedé helado de terror.

—¡No! —aullé—. ¡No! ¡No. Mamá, no!

Sólo puedo decir que en mi vida había visto algo más terrorífico que aquella boca. Sencillamente, no podía soportar que se me acercase de aquel modo. Si alguien hubiese intentado darme en la cara con una plancha al rojo vivo, no me habría quedado, ni con mucho, tan de piedra. Los fuertes brazos me rodeaban manteniéndome clavado al asiento, de modo que no podía moverme, y la boca se agrandaba cada vez más; de repente, la vi justo

encima de mí, enorme, húmeda como una cueva; al instante siguiente, me encontraba dentro de ella.

Estaba completamente dentro de aquella boca inmensa, tumbado sobre mi vientre encima de la lengua, con los pies en algún punto de la parte posterior de la garganta; sabía por instinto que a menos que consiguiese salir de allí inmediatamente iba a ser tragado vivo, como aquel conejillo. Sentía que mis piernas eran absorbidas garganta abajo, así que estiré rápidamente los brazos, agarré los incisivos inferiores y me aferré a ellos luchando por salvar la vida. Mi cabeza se encontraba cerca de la entrada de la boca y al mirar entre los labios veía un trocito del mundo exterior: la luz del sol brillaba sobre el encerado suelo de madera del cenador y, sobre el suelo, un pie gigantesco con una zapato de tenis blanco.

Con mis dedos hacía presa en el borde de los dientes, y a pesar del movimiento de succión, iba consiguiendo izarme poco a poco hacia la luz del día cuando, súbitamente, los dientes de arriba cayeron sobre mis nudillos y empezaron a morderlos con tal ferocidad que tuve que soltarme. Comencé a deslizarme garganta abajo, con los pies por delante, agarrándome desesperadamente mientras bajaba a lo que podía, pero era todo tan suave y resbaladizo que no pude asirme a ningún sitio. Al pasar por las últimas muelas, a la izquierda, percibí un brillante destello dorado y, unos diez centímetros más adelante, vi encima de mí lo que debía ser la campanilla, colgando del techo de la garganta como una gruesa estalactita roja. Me aferré a ella con las dos manos, pero se me escapó de entre los dedos y seguí cayendo.

Recuerdo que grité pidiendo ayuda aunque apenas podía oír el sonido de mi propia voz sofocada por el ruido del viento que producía la respiración de la dueña de la garganta. Parecía como si un huracán soplara sin cesar, un huracán extraño y errático que era, alternativamente, muy frío (cuando el aire entraba) y muy caliente (cuando volvía a salir).

Conseguí anclar mis codos en un agudo saliente carnoso —supongo que sería la epiglotis— y, por un momento, me mantuve allí colgado, desafiando a la succión y escarbando con los pies para encontrar un sitio firme en la pared de la laringe; pero de un trago enorme, la garganta me dio una gran sacudida y volví a caer.

A partir de entonces no encontré nada más a que agarrarme y seguí cayendo y cayendo hasta que me encontré con las piernas colgando de las primeras estribaciones del estómago, y sentí los lentos y poderosos movimiento peristálticos que tiraban de mis tobillos y me atraían hacia abajo, cada vez más y más hacia abajo...

Muy por encima de mí, afuera, al aire libre, oía el lejano murmullo de voces femeninas:

—No es posible...

—¡Querida Mildred, pero qué horror...!

—Debe estar loco...

—¡Dios mío, cómo te ha dejado la boca!

—Es un maníaco sexual...

—Es un sádico...

—Alguien tendría que escribir al obispo...

Y luego, la voz de la señorita Roach, más alta que las demás, jurando y parloteando como un periquito:

—¡Suerte tiene de que no le haya matado!, ¡canalla!... Le dije, oiga usted, si quiero que me saquen un diente, iré al dentista, no a un vicario... ¡Ni que le hubiera dado pie para algo!

—¿Dónde está ahora, Mildred?

—Sabe Dios. En el cenador, supongo.

—¡Vamos, chicas, vamos a sacarlo de allí!

¡Dios mío! ¡Dios mío! Ahora, unas tres semanas después, cuando vuelvo a recordar todo este asunto, aún no sé cómo conseguí salir de la pesadilla de aquella tarde espantosa sin perder el juicio.

Una panda de brujas de tal calibre es algo demasiado peligroso como para tomárselo a broma; si me hubieran pillado en el cenador, cuando aún les hervía la sangre, lo más probable es que me hubieran descuartizado allí mismo.

O me hubieran llevado todas, codo con codo, a la comisaría de policía, con lady Birdwell y la señorita Roach encabezando el cortejo por la calle principal del pueblo.

Pero, por supuesto, no me cogieron.

No me cogieron entonces y todavía no me han cogido, y si sigue jugando la suerte a mi favor creo que tengo bastantes posibilidades de eludirlas a todas, al menos durante unos meses, mientras se olvidan de todo lo sucedido.

Como ustedes comprenderán, de momento tengo que recluirme y no participar en actos públicos ni hacer vida social. Considero que, en mi situación actual, escribir es una ocupación muy saludable y paso muchas horas al día jugando con las frases. Me parece que cada una de ellas es como una ruedecilla, y en los últimos tiempos, mi ambición consiste en reunir varios cientos y hacerlas encajar la una detrás de la otra, con ruedas dentadas que sirvan de engranajes, pero conservando un tamaño diferente y girando a una velocidad propia. De vez en cuando intento poner una muy grande junto a otra muy pequeña, de modo que la grande, al girar despacio, haga que se mueva la pequeña tan deprisa como para producir un zumbido. Es complicado.

Por las tardes también canto madrigales, pero echo mucho de menos mi clavicémbalo.

En cualquier caso, no es un sitio tan malo, y me he instalado con la mayor comodidad posible. Se trata de una cámara pequeña, en lo que deber ser el primer tramo de 1a curva duodenal, justo antes de que se precipite en vertical hacia abajo, enfrente del riñón derecho. El suelo está bastante nivelado —en realidad, se trata del primer sitio nivelado al que llegué durante aquel terrible descenso por la garganta de la señorita Roach—, y sólo por eso pude conseguir detenerme. Encima de mí veo una especie de abertura carnosa que debe ser el píloro, por donde el estómago desemboca en el intestino delgado (todavía recuerdo alguno de aquellos diagramas que me enseñaba mi madre); por debajo hay un extraño agujerito en la pared, por donde el canal conductor pancreático desemboca en la sección inferior del duodeno.

Todo esto resulta un poco raro para un hombre como yo, de gustos conservadores. Personalmente prefiero los muebles de roble y los suelos de madera. Pero de todos modos hay algo que me gusta mucho: las paredes. Son preciosas blandas, como acolchadas, y tienen la ventaja de que puedo golpearme contra ellas todo lo que quiera sin hacerme daño.

Hay más gente por aquí, varias personas más, lo que resulta bastante sorprendente; pero, gracias a Dios, todos son hombres. Por alguna extraña razón todos llevan batas blancas y no paran de ir y venir como si estuvieran muy ocupados y fuesen muy importantes. En realidad son una panda de tipos sorprendentemente ignorantes. Parece que ni siquiera se dan cuenta de dónde están. Intento decírselo, pero se niegan a escucharme. En ocasiones me enfado tanto y me siento tan frustrado que pierdo la paciencia y me pongo a gritar; entonces aparece en sus rostros una expresión de desconfianza y empiezan a dar marcha atrás lentamente diciendo: «Vamos, vamos, tranquilo. Tranquilícese, vicario. Eso es, sea buen chico. Tranquilícese.»

¿Qué forma de hablar es esa?

Pero hay un hombre mayor que viene a verme todas las mañanas después del desayuno y parece vivir más cerca de la realidad que los demás. Es serio y amable, y supongo que está solo, porque lo que más le gusta es sentarse en mi habitación y oírme hablar. El único problema es que cada vez que tocamos el tema del lugar en que nos encontramos, me dice que va ayudarme a escapar. Esta mañana ha vuelto a insistir y discutimos.

—Pero, ¿no se da usted cuenta —le dije pacientemente— de que yo no quiero escapar?

—¿Por qué no, querido vicario?

—No hago más que explicárselo: porque fuera me están buscando.

—¿Quiénes?

—La señorita Elphinstone, y la señorita Roach, y la señorita Prattley, y todas las demás.

—¡Qué disparate!

—¡Claro que me están buscando! Y supongo que a usted también pero no lo admitirá jamás.

—No amigo mío, no me están buscando.

—Entonces, ¿se puede saber qué hace usted aquí?

Ése fue un buen golpe. Me di cuenta de que no sabía qué contestar.

—Apuesto a que usted también estaba tonteando con la señorita Roach y se lo tragó, lo mismo que a mí. Seguro que eso fue lo que ocurrió, aunque le dé vergüenza admitirlo.

Cuando le dije esto pareció tan triste y derrotado que me dio pena.

—¿Le gustaría que le cantara una canción? —pregunté. Pero se levantó sin contestar y salió en silencio al pasillo.

—¡Ánimo, hombre! —le grité—. No se deprima usted. Siempre hay alguna rosa entre las espinas.